

De la investigación realizada se extraen una serie de conclusiones que organizamos en tres niveles expositivos: el primero atiende a los aspectos teórico-empíricos y registra las principales consecuencias de la implantación y consolidación de la dictadura franquista y, fundamentalmente, la diversificada acción desplegada por miembros e integrantes de grupos de oposición al franquismo en Murcia, su evolución, desarrollo, vivencias individuales y de los grupos, desde 1939 a la convocatoria de elecciones democráticas en 1977 y 1979. El segundo nivel establece las principales relaciones entre la Memoria, el Olvido y el Silencio, en tanto que el tercero remite a actitudes y comportamientos.

1º) La Guerra civil española no acabó en abril de 1939: ‘la pertinaz presencia de Franco’ en la vida política y cotidiana española, y la marginación y exclusión de los vencidos, prolongaron la tragedia del conflicto civil durante décadas en un país, y en nuestro caso, en la Región de Murcia, donde cualquier atisbo de disidencia era condenado a la aniquilación.

El régimen de represión y terror impuesto por la dictadura, y la efectiva colaboración clientelar de una parte de la sociedad civil, de los poderes locales, instituciones y organismos dependientes del régimen, favorecieron un clima de posguerra donde la delación, el miedo y la arbitrariedad van a formar parte de la cotidianidad dramática experimentada por los murcianos que vieron frustradas sus esperanzas con la derrota republicana.

La necesidad de avales para salvar vidas de republicanos encausados por la arbitraria justicia militar franquista muestra otra cara más de la derrota, la humillación y, en muchos casos, el sometimiento ante ‘una guerra que no acaba’. Esta circunstancia, promovida por la dictadura, unida al hambre de posguerra -aliada del régimen-, propició un marco contextual en el que resultaba muy difícil disentir. Pero la misma

supervivencia en las cárceles franquistas habilitadas en la Región de Murcia desde 1939 (en el primer trimestre de 1942 todavía eran 3.636 los presos murcianos recluidos por motivos políticos) es la manifestación más evidente de que esa disidencia existió, y no sólo entre los estrechos márgenes de los muros de las prisiones, sino también en el ámbito de los familiares de presos que, con su ayuda y solidaridad, lograron arrebatar vidas humanas de las ‘garras de la muerte’ de lo que, en la dura posguerra, significaba estar preso en las cárceles de Franco (humillaciones, pésima situación alimenticia, falta de higiene, enfermedades, hacinamiento, tortura...) o en sus campos de concentración (en la Savina, Formentera, los presos murcianos morían de ‘pura hambre’).

La diversificada acción opositora de los vencidos recluidos (constatada en el epígrafe ‘Perder la libertad, perder la dignidad, perder la vida: las cárceles de Franco’) tuvo una durísima respuesta, por ejemplo, por parte de la Junta de Disciplina de la Prisión Provincial de Murcia, que practicó una amplia gama de castigos que iban, desde el maltrato físico a la incomunicación, aislamiento y traslado, ‘asedio eclesiástico’ (tortura psíquica), violación de mujeres, etc., hasta la pérdida de la dignidad (en términos pragmáticos, arrepentimiento y renuncia a sus anteriores planteamientos políticos), condición indispensable para redimir penas por trabajo.

La violencia, humillaciones y vejaciones sufridas por los presos ‘rojos’ continuaron fuera de las cárceles, una vez conseguida la ansiada libertad, como destacan los testimonios orales y confirman las fuentes de archivo consultadas, pues se trató de una libertad vigilada y sujeta a la fiscalización de vidas y conciencias: no sólo se intentó en la inmediata posguerra acabar con la disidencia política sino controlar todas y cada una de las manifestaciones y acciones de los murcianos represaliados -en particular-, y, en general, de la sociedad murciana, máxime si atendemos a la caracterización de

Murcia realizada por Falange en su documentación interna, cuando en 1941 se refiere al ‘ambiente rojo de la Provincia, tradicional en una parte de sus habitantes...’.

En la conquista y control de las conciencias de aquellos que se dejaron ‘seducir’ por la retórica republicana destacó, precisamente, la Iglesia, otra institución para vigilar y certificar ‘la buena conducta’ bajo la dictadura franquista, que con el despliegue de una religiosidad exhibicionista y ritual, acompañada de una redoblada función ideológica, contribuirá a la consolidación y persistencia del régimen, especialmente en los largos y duros años de posguerra y del primer franquismo. Años en los que, el estigma de ‘ser familiar de rojo’, acentuaba las dificultades y penurias del periodo.

Las estrategias de supervivencia y superación de las miserias a las que condenaba la dictadura se han integrado en la investigación como elemento primario del amplio repertorio de resistencia y oposición que caracteriza la acción disidente contra la dictadura en Murcia desde 1939 a 1962 (primer periodo histórico analizado en la Tesis, en el Capítulo II), una acción escasa, es cierto, en lo que se refiere a oposición organizada (como corresponde a un marco de terror y represión brutal) pero dinámica en gestos simbólicos (y, necesariamente, no exteriorizados de forma ostentosa) que permitían a los vencidos ratificarse en el rechazo a los valores e instituciones representativas del régimen: evitar ir a misa o pasar por la cruz de los caídos y saludar al estilo ‘fascista’, no enviar a los hijos al campamento del Frente de Juventudes, ...

Entre las posibles causas que explican la escasa contestación al Régimen franquista en la larga posguerra hay que contemplar, como se ha demostrado a lo largo de la investigación, el que la gente más activa ideológicamente durante la República fuera también la más perseguida y castigada, muchos de ellos muertos, otros encarcelados o en el exilio. Estas circunstancias obligaron a los opositores antifranquistas a pasar tan desapercibidos como pudieran, a no llamar la atención y

moverse en las sombras del anonimato, e incluso, en algunos casos, a adquirir unos hábitos públicos que les permitieran la propia protección y la de la familia, razón por la que ponían de luto a sus hijos o los mandaban a hacer la ‘comunión’ y a comulgar los domingos. Pero en general los adultos represaliados se mantuvieron distantes hacia el régimen, y siguen repitiendo aquello de que: ‘fueron vencidos pero no convencidos’. Su primera forma de oposición y resistencia consistió en reagrupar a la familia, ‘disgregada y perseguida’, en muchos ejemplos ‘mutilada’ por efecto de la acción represiva, y fue en el seno de ésta donde mantuvieron, por muchos años, y con el miedo metido en el cuerpo en cada momento, la esperanza del cambio. La segunda forma de resistencia devino en la solidaridad y acogida de presos liberados y de sus familias durante los años de cautiverio, solidaridad que también fue la primera arma de combate contra la dictadura puesta en acción por los prisioneros republicanos y sus antiguas e ilegalizadas organizaciones en el interior de las cárceles franquistas. Así, en el microcosmos penitenciario, los ‘plantes’ por lo incomedible del rancho y la conquista de puestos de control e información (sobre traslados y ejecuciones) remiten a una acción de resistencia en ocasiones espontánea en su diseño táctico, pero de ámbito colectivo en sus consecuencias, que irritaba y promovía el castigo (individual o del grupo) de la invulnerable dictadura carcelaria. De hecho, la lucha y resistencia organizada y otras formas de disidencia, no cabe duda de que fueron más factibles de ejecutar fuera del ámbito carcelario, pero el entramado inquisitorial dibujado por el régimen franquista las condenaba por igual: las detenciones de militantes comunistas murcianos, yeclanos, cartageneros, y de otras localidades de la región, desde 1944 hasta 1959, son prueba de la contundente acción dictatorial contra las tentativas de reorganización de las antiguas organizaciones sindicales y partidos antifranquistas, entre los que destacó, por su perenne presencia y dinámica de protesta, el PCE.

Y frente a estas manifestaciones de resistencia y oposición, contrasta la pasividad política general murciana que invadía la capital y numerosos pueblos de la región, adormecidos por la acción del miedo, como se encargó de constatar, durante su estancia en Murcia, un testigo de excepción, Enrique Tierno Galván. Recordaba el viejo maestro con cuánta dureza se mantenía en esta región la diferencia de clases en los años de miseria, tan próximos al dolor de la guerra, así como el panorama desolador en el mundo del trabajo, y es que, efectivamente, el control y represión sobre sindicatos y líderes obreros fue total: mediante la ‘cartilla profesional’ se dispuso del control sobre el trabajador y el monopolio de acceso al trabajo; las oficinas de colocación obrera cerraban las puertas a los no adeptos, y mientras, los afectos (entre los que se incluían mutilados, excautivos y excombatientes) recibían trato privilegiado a la hora de acceder a puestos de trabajo que iban quedando vacantes, muchos de ellos, como resultado de la aplicación de los expedientes de depuración. Si a estos obstáculos se suma la imposición de salarios próximos a los mínimos de subsistencia, durísimas condiciones laborales, y carestía de productos básicos, se dibuja un panorama cuyo resultado no puede ser otro que la inexistencia de movilizaciones durante los primeros años de dictadura, habida cuenta que las energías se dedicaban, expresamente, a sobrevivir. También las mujeres, niños y niñas tuvieron que emplearse como mano de obra barata (en el campo, la conserva, el servicio doméstico...) viendo los segundos truncadas sus infancias, especialmente los egresados del seno de familias represaliadas.

Una de las conclusiones derivadas de la información recabada en esta investigación remite a la necesidad de reconocer la aportación de las mujeres en la superación del drama económico de posguerra, y en el posterior avance y desarrollo político y económico de este país. Durante los primeros años de dictadura fueron ellas, madres, hijas, abuelas, las que se encargaron, obligatoriamente, de la supervivencia

familiar; lo fueron en el caso de muchas familias represaliadas con los varones encarcelados, escondidos o exiliados; también en aquellas familias en las que los varones habían fallecido o estaban heridos tras la contienda. Debieron, aún con los maridos vivos y trabajando, colaborar para mantener la economía familiar durante mucho tiempo, todo aquel en el que con un salario no se alcanzaba para cubrir, ni siquiera, los gastos de alimentación. Fueron ellas las que, a medida que mejoraba la situación económica familiar, abandonaron los trabajos remunerados que tenían para volver, con el paso de los años, ya en la década de los sesenta y principios de los setenta, a buscar trabajo para ayudar de nuevo al sostenimiento familiar, pero en esta ocasión con trabajos peor pagados, sin reconocimiento y, con frecuencia, inscritos en la economía sumergida. Este esfuerzo repercutió, no obstante, en la mejora de las condiciones de vida familiar, pero también en lo social, pues se destinó parte del mismo a los estudios de hijos e hijas, con el fin de que mejoraran sus expectativas de vida.

También es preciso reconocer la aportación realizada por los niños y, especialmente, por aquellas niñas que desde bien pequeñas se vieron obligadas a abandonar sus hogares para servir en casas ajenas y lejanas, víctimas de la explotación, sin apenas salario, a veces a cambio de la comida, y que con el tiempo poblaron las periferias de las grandes ciudades tan carentes de identidad como ellas mismas, intentando formar una familia de las que ellas, en algunos casos, habían carecido, y evitar así una nueva generación de desarraigados. Mientras tanto, el Estado franquista configuraba un nuevo modelo de familia y de mujer que, no sólo liquidaba los anteriores avances legislativos republicanos, sino que fomentaba y auspiciaba la invisibilidad laboral de estas mujeres en los censos estadísticos en contraposición a una cruda realidad que cuestionaba las teorías del 'Nuevo Estado'.

Esta realidad transcurría en una cotidianidad fragmentada por el hambre del racionamiento que los testimonios insisten en recordar, hambre desigualmente repartida, más difícil de combatir por el grupo de vencidos y las clases populares en su conjunto, cuya principal preocupación era qué comer y cómo poder comer, aunque fuera delinquiendo con el estraperlo, práctica especulativa exenta en la práctica de ideología, pues era practicada tanto por ‘rojos’ como por ‘azules’, aunque en la penalización de este delito se dejara sentir, nuevamente, la línea divisoria entre vencedores y vencidos. Línea que también se expresó en otras cuestiones vitales de posguerra, como la pésima habitabilidad de las viviendas o la salud quebrantada por la deficiente alimentación, las pésimas condiciones de vida y el florecimiento de enfermedades (tuberculosis, sarna, disentería, ...) asociadas a la pobreza y a su desigual distribución por clases sociales.

Estos males del régimen intentaban olvidarse y ser combatidos en el ámbito de lo lúdico, pero también este espacio sufrió la uniformidad cultural, control y adoctrinamiento de la dictadura, presidiendo los festejos y celebraciones la estricta moralidad impuesta por la Iglesia en su maridaje con el Estado franquista, circunstancia ésta que aparece claramente reflejada en el epígrafe de la investigación, ‘Educación: la escuela del nacional-catolicismo’.

La lacra de esa guerra que parecía no acabar, y del régimen victorioso salido de la contienda se maquilló y suavizó, en el terreno económico, durante la década de los sesenta: esos tiempos de cambio, abordados en el Capítulo III de la Tesis, propiciaron una mejora en la vida económica que tuvo su inmediata incidencia en la ciudad y la vivienda (especialmente a través del mejoramiento del centro urbano de Murcia) y en las posibilidades de compra y vestido. Este desarrollo económico, no exento de contradicciones y con costes sociales que han quedado explicitados en la Tesis, tuvo también su reflejo en otros ámbitos: la ‘relajación’ del ocio y readaptación de lo lúdico a

nuevas exigencias que ya incluyen nuevas propuestas contestatarias a la uniformidad impuesta por la dictadura, como la canción protesta; o el progresivo cambio en las relaciones interpersonales en las que difícilmente podían cumplirse las, todavía estrictas, normas de comportamiento también impuestas por la dictadura. Esa aparente modernidad del bienestar es obvio que no llegó a todos los hogares murcianos con la misma intensidad (baste recordar las características del Barrio 'La Paz'), pero aún es mayor la distancia establecida entre esa modernidad y las relaciones laborales imperantes en el segundo periodo dictatorial analizado en este trabajo y que transcurre de 1960 en adelante.

La combinación de fuentes orales y documentales archivísticas ponen de manifiesto la otra cara del 'milagro económico': cómo sobrevivir con trabajo precario y cómo dignificar las condiciones de trabajo (ejemplificado en la investigación en la industria conservera murciana, en la construcción, en la minería cartagenera, o en las grandes empresas, tipo Bazán y Fraymon). El despertar de la conciencia obrera en los años sesenta en todos estos sectores productivos, y las movilizaciones de los setenta azuzadas por la crisis económica, ponen al descubierto las anacrónicas formas políticas de un régimen que sigue considerando un atentado a su ordenamiento jurídico-institucional cualquier reivindicación de tipo laboral o económico efectuada desde las nuevas organizaciones antifranquistas (HOAC, USO, CC.OO) que protagonizan y dan rostro a múltiples manifestaciones de conflictividad laboral en Murcia que aglutinan, en el conflicto de la construcción de 1976 y 1978, la punta de lanza de lo que significó la larga lucha antifranquista: el reclamo de amnistía, democracia y libertad, y mejora y democratización de las relaciones laborales.

En esta larga lucha convergieron también nuevos movimientos sociales (asociaciones de barrio, estudiantes, colectivo MIR, etc.) que dinamizaron,

diversificaron y exteriorizaron públicamente la protesta y oposición al franquismo junto a las tradicionales organizaciones políticas de izquierda, a las que hay que añadir ahora la aparición de pequeños grupos políticos caracterizados de ‘extrema izquierda’ que pretendían no sólo un cambio de régimen político, sino el total de la sociedad, incluso postulado a través de las armas.

La respuesta sempiterna de la dictadura en estos tiempos de cambio -que terminarán por conducir a la oposición antifranquista de las cárceles a las listas electorales- no podía ser otra que el empleo de la dura represión contra el viejo y el nuevo antifranquismo, pero adaptando también los organismos jurídicos a los nuevos tiempos: el TOP se convertirá en el brazo ejecutor de la justicia expeditiva franquista desde 1963.

La memoria y vida cotidiana de estos grupos de oposición al franquismo en Murcia se ha podido recuperar, con sus ‘luces y sombras’, a través de la reconstrucción de experiencias vividas. No se ha tratado por tanto, en esta investigación, de describir la trayectoria histórica y organizativa de estas organizaciones políticas y sindicales y de los nuevos movimientos sociales, más bien la intención ha sido la de conocer -a través fundamentalmente de la fuente oral, iconográfica y documental, aportada por las propias organizaciones analizadas-, cómo fueron y transcurrieron en Murcia esos difíciles años de disidencia antifranquista, y recuperar la memoria histórica de algunos militantes y simpatizantes que se implicaron en diversos proyectos de oposición clandestina a la dictadura. Así, aspectos como la nueva militancia antifranquista, el perfil de los militantes de la ‘nueva izquierda revolucionaria’ (ORT, PTE, MCE, LCR y UCE), la diversidad en la elección de opción política o sindical, qué estrategias de organización interna y discursivas pusieron en práctica, y la militancia como opción de vida, son cuestiones analizadas que contribuyen al conocimiento del objetivo compartido por

todas estas organizaciones, aunque cada una de ellas empleara distintos caminos en la lucha: el derrocamiento de la dictadura franquista. Sin embargo, a partir de noviembre de 1975, y una vez iniciado el proceso de transición democrática, la disidencia política retornará, como principal objetivo, a viejos ideales que recuerdan, aún sin mencionarse expresamente, la transición política a la democracia que simbolizó la proclamación de la II República: libertad, para el conjunto de la sociedad española; amnistía, para los presos políticos y exiliados y convocatoria de elecciones democráticas. Pero en este arduo camino el precio de la lucha por la libertad se tradujo, en la vida diaria y cotidiana, en detenciones, ‘caídas’, violencia policial (torturas) en las comisarías y procesamientos por el TOP. Las incidencias múltiples de estas dramáticas vivencias en las experiencias de vida personales y organizativas se traducen, en el texto, en una reconstrucción de la memoria reciente del pasado que, lejos de ahondar en la leyenda heroica de las diversas organizaciones de lucha, insiste en traducir los sentimientos, emociones, miedos, frustraciones, desencantos y ‘limitaciones’ en la capacidad de lucha política y oposición de los implicados.

Desde esta vertiente analítica, y tras la puesta en marcha en el tardofranquismo de diversos organismos unitarios en Murcia, las pruebas electorales de 1977 y 1979 nos permiten poner al descubierto el enfrentamiento entre la ilusión por el cambio político y el desencanto experimentado por una parte importante de la izquierda (en especial de la izquierda radical), no sólo por los penosos resultados electorales obtenidos, sino por el rumbo político y cultural que irá marcando la tan ansiada y disputada ‘democracia’. El resultado, para la izquierda, de este choque o enfrentamiento, se traducirá en una crisis cuyas causas hundan sus raíces en cuestiones políticas e ideológicas (atomización, escisiones, desconfianza entre grupos, acusaciones recíprocas) pero también en aspectos cotidianos que van, desde el cansancio; la rutina; la falta de expectativas y triunfos

(personales y organizativos); la incapacidad para la adaptación a las nuevas reglas de funcionamiento político impuesto tras el paso de la clandestinidad a la legalidad; la creciente burocratización, en las vidas diarias, de la ‘acción política’ alejada de los núcleos de los movimientos sociales, hasta la creencia interna de que el trabajo ‘ya estaba hecho’.

2º) Otras conclusiones que podemos extraer de esta investigación remiten, no tanto al balance teórico y empírico de la misma como a las relaciones entre la Memoria, el Olvido y el Silencio: De las experiencias de vida recogidas en la Tesis se deduce, como primera conclusión, y por lo que respecta a la conexión intergeneracional, que el recuerdo sobre la experiencia republicana y la Guerra civil se constituye en un denso silencio por parte de los adultos, padres y madres que sufrieron la represión franquista, que no transmitieron su vivencia, la mayoría de las veces, a sus hijos. Éstos se enteraron de las circunstancias familiares, y de las posiciones políticas o de la dramática trayectoria vital de sus progenitores por otros familiares o por los mismos padres pero, eso sí, una vez que los hijos habían optado por la participación política activa contra la dictadura. Se apunta, de hecho, por parte de los testimonios más jóvenes, la transmisión del aprendizaje ético, el ir descubriendo poco a poco las posturas de lucha y resistencia de los progenitores o de otros familiares y conocidos de su entorno próximo, más que la propia transmisión oral de lo vivido por éstos. Por el contrario, los entonces jóvenes que participaron activamente durante la guerra civil, sí estaban influenciados por la militancia paterna y/o familiar, existía comunicación entre adultos de la misma familia o gente muy próxima de su entorno, a los que unía una misma vivencia tras la derrota republicana: la de tener familiares presos o fusilados.

Entre las razones del silencio y la opción de no transmitir la propia experiencia vital hasta tiempos muy recientes, destaca la incrustación del miedo hasta lo más íntimo

del ser, miedo que aún todavía hoy está presente y se manifiesta ante cualquier cambio o alteración política, o que aflora cuando se intentan abordar estos recuerdos. El olvido, la negación, suele ser el resultado de este drama interior, además de la desconfianza, no sólo hacia los desconocidos sino también entre los defensores de una misma tendencia ideológica o causa política, consecuencia a su vez de la durísima represión franquista: se desconfiaba del resto de los camaradas al ser conscientes de que, una vez detenidos, y por acción de la tortura, podían acusar o delatar a compañeros.

Descubrimos, en el relato de la memoria que, entre los jóvenes militantes del final del franquismo y de la transición, no hay apenas referencias a la guerra y a la II República, aunque ésta última se supone, ya que hay alusiones y rechazo a la figura del rey y a la Monarquía, que se entienden como impuestas y sucesoras del régimen de Franco, y devienen en la opción, entonces, de otro régimen político, producto de la elección de la ciudadanía. Precisamente en el contexto de la lucha antifranquista se propició la conexión entre generaciones de opositores a la dictadura, fundamentalmente a través de la relación mantenida entre los nuevos y viejos militantes, pues los veteranos luchadores fueron necesarios para crear redes precisas donde implantar las organizaciones: éstos tenían la experiencia y conocían a militantes y simpatizantes, pero en su contra jugaba que eran demasiado conocidos por la policía y la Guardia Civil.

Otro tema, mucho más espinoso, de la relación entre memoria y olvido, hace referencia al olvido ciudadano e institucional de los vencidos y represaliados por la dictadura en la coyuntura histórica de transición a la democracia. Aún hoy sigue sin profundizarse acerca del olvido obligado de los ciudadanos, un olvido que hundía sus raíces en el miedo que se apoderó de parte de la población una vez que pudo conocer y comprobar, sobre sus propias carnes, las bases sobre las que se cimentaba el Nuevo Régimen. Pero no fue ésta la única razón de este olvido: Un extraño sentimiento de

vergüenza, entremezclado con culpabilidad, también está presente en aquellos que se saben supervivientes donde otros cayeron o salieron peor parados, hecho al que habría que añadir el que muchos de ellos tuvieron que recurrir a avales de personas del bando vencedor para salvar sus propias vidas o las de algún familiar, quedando en deuda con sus vencedores, razón por la que, en muchas ocasiones, se vieron doblemente neutralizados, negados y silenciados. Y no podemos olvidar que el silencio respondió, asimismo, a la necesidad de la ruptura con el pasado para normalizar la propia existencia, aunque en ocasiones se debió a la incapacidad de explicar lo ocurrido, a la imposibilidad de transmitir lo vivido por la ausencia de libertades impuestas por la dictadura, también, como hemos dicho, por sentimientos autoinculporios o por la dificultad para explicar las trayectorias de las organizaciones y las decisiones tomadas por las éstas, aunque siempre prima en los testimonios el convencimiento de que los más próximos no iban a comprender lo que se les contara, así como la creencia de que, con el silencio se defendía y salvaguardaba a la propia familia.

Pero hubo otros olvidos, los institucionales. Los dos grandes partidos de izquierda (PSOE y PCE) durante la transición, y las derechas, también olvidaron, y junto a ellos los responsables directos de todo tipo de atrocidades cometidas al amparo de la legalidad franquista. Estos últimos necesitaban el olvido social para no tener que responder a la exigencia de responsabilidades tras la llegada de la democracia. Por su parte, muchos elementos de derechas necesitaban del olvido, en este caso el propio, para asegurarse un lugar en el nuevo panorama político y económico del periodo constitucional.

Este olvido institucional ‘pactado’ por los representantes políticos, económicos y sociales del momento, intentó asegurar un cambio de régimen pacífico que se ajustara a los intereses de la clase política dirigente. Para ellos fue necesario crear una corriente de

opinión oportuna, la que asegura que esos dirigentes eran los artífices, los autores del cambio modélico, no cuento, que llevaría a España a la democracia. En ese sentido tienen razón aquellos que defienden que el cambio de la dictadura a la democracia se hizo “desde dentro”, pues a esos intereses servía, aunque para mantener esa tesis hay que obviar y olvidar, a los protagonistas, líderes y gente corriente de los movimientos sociales antifranquistas, que se jugaron todo -incluidos algunos la vida- para lograr ese cambio, como hemos podido demostrar a lo largo de esta investigación. Precisamente en el análisis de lo que fue la transición y la deriva de la misma, desde la extrema izquierda o izquierda radical se lanzan críticas hacia los grandes partidos de izquierda, PSOE y PCE, a los que en el mejor de los casos, se les culpa de que no fueran capaces de conseguir objetivos más progresistas; en el peor de los supuestos se les achaca una verdadera voluntad de actuar tal y como lo hicieron, consiguiendo el único beneficio de su propia participación en el proceso de cambio.

Es indudable que otro factor propiciador del olvido fue el miedo: el derivado de la tremenda represión ejercida sobre la población murciana, de forma masiva y continuada a lo largo del primer franquismo, que se moderó en los decenios intermedios de la dictadura, pero no porque se volviera ésta más tolerante o porque relajara la persecución, al contrario, es que a esas alturas no quedaban apenas gentes ni grupos con capacidad y fuerza suficientes como para continuar la lucha, a no ser que ésta fuera testimonial, de hecho, en cuanto comenzaron las manifestaciones contestatarias del nuevo antifranquismo de los sesenta y primer quinquenio de los setenta, la violencia de la dictadura volvió a ser la respuesta: recordemos que Franco llegó al poder matando y lo abandonó matando, él y su régimen. Y por lo que respecta a las posibilidades de organización de grupos de oposición al franquismo durante el primer periodo analizado, no hay que olvidar que la experiencia de la incorporación a las organizaciones de

izquierda se produjo de forma masiva durante el escaso tiempo que duró la República, especialmente a partir de 1936, tiempo insuficiente para crear una conciencia ciudadana sobre la idoneidad de un comportamiento político traducido en acción política, pero suficiente, para algunos, los vencidos, para entender que fue un tiempo en el que cupo la esperanza de mejorar, al menos, las condiciones de vida, siendo esta cuestión, en algunos casos, un recuerdo más emotivo que discursivo.

Aquellos que vivieron la guerra y conocieron sus estragos, que defendieron desde la militancia el sistema legal establecido y el gobierno surgido de unas elecciones democráticas, los que no militaban en ninguna organización; aquellos otros que lo hicieron en partidos republicanos conservadores o que, sencillamente, eran trabajadores que se afiliaron a un sindicato para defender sus derechos laborales, siguen sin entender, todavía hoy, la deriva de los acontecimientos. Esta incomprensión se agrava en aquellos que vivieron en localidades o zonas en las que durante la República y sobre todo en la guerra, se produjeron hechos violentos contra personas calificadas o etiquetadas de derechas, pues aunque entienden que eran condenables estos actos y sus autores, no comprenden la desproporcionada represión posterior, puesto que alcanzó a mucha gente ajena a cualquier tipo de acto violento.

Algunos de ellos, los que salieron indemnes de la represión, en su incomprensión siguen alegando que ellos eran buenas personas, “que no se habían metido en nada”, argumento que repiten después de pasado tanto tiempo, tal vez influenciados por el adoctrinamiento ideológico recibido por la dictadura o como respuesta a la constante que se repetía por parte del régimen franquista del “algo habrá hecho”; lo cierto es que sabían también de vecinos y conocidos que estaban siendo represaliados sin que se conociera motivo para tal represalia.

Los que fueron castigados y represaliados fueron incapaces de aceptar lo que les estaba sucediendo: no entendían qué mal podía haber cometido, por ejemplo, un chaval con dieciocho años que apenas había tenido tiempo de vivir, y que se había visto envuelto en una guerra en la que, por otra parte, estaba obligado a participar.

3º) Otras conclusiones que pueden extraerse de este estudio, y que conectan Pasado y Presente en lo relativo a actitudes y comportamientos, es que, con respecto al hambre y la miseria sufrida durante tantos años por gran parte de los ciudadanos, éstas tal vez explican la obsesiva necesidad en la actualidad de tener, consumir, y aparentar de forma desmesurada, actitud más ligada a las generaciones jóvenes de la posguerra que a los que eran adultos durante esos años que, por contra, aprendieron a no desperdiciar, no despilfarrar, valorando en extremo aquellas cosas que tenían. Y en esa coyuntura de subsistencia, la música les ayudó a soñar un mundo diferente a través de canciones que hablaban de amores imposibles, de casitas de papel, de coches inasequibles, todo ello alejado del olor a chinche, del hambre y de la muerte; así como de la tristeza impuesta desde todos los ámbitos del poder. Tal vez fue la llegada del cine americano lo que mejor mostró, ante los ojos de los españoles y de los murcianos, que existía “otro mundo posible” en el que hombres y mujeres se movían libremente, donde había comida, electrodomésticos, teléfonos, donde la gente tenía bonitas casas y vestía bien; por mucho que frente eso se proclamasen los valores de la raza y de la cristiandad.

También sobre una temática que es vital en este trabajo, como es si hubo o no un movimiento de oposición antifranquista lo suficientemente amplio como para presionar o hacer posible el cambio, o si éste se produjo desde dentro del propio régimen ya que así estaba previsto y programado por una serie de personajes desde el mundo de la política y de la economía -indistintamente de los resultados obtenidos-, es necesario plantear lo que es una constatación histórica a pesar de que el tiempo la haya recubierto

de una extraña nebulosa: fueron muchas las personas que se movilizaron en todo el territorio español, también en Murcia, y mayormente por razones económicas (como las reivindicaciones de subidas salariales), pero todos estos movimientos de protesta estuvieron necesariamente, porque así lo impuso el régimen, unidos a demandas políticas: baste sólo recordar que gran parte de los presos políticos, que eran sindicalistas, lo estaban por defender derechos laborales, como también el que fueran numerosas las manifestaciones a favor de la libertad de los presos, así como otros actos de protesta.

No es válida, por tanto, la tesis que figura en algunos textos y en artículos de diversa índole, de que la oposición no fue la responsable del cambio ya que los partidos políticos apenas tenían militantes (cuestión que es cierta). Lo que invalida este argumento es que el movimiento amplio de oposición no estuvo protagonizado, única y exclusivamente por los partidos políticos, por el contrario, fueron muchas las organizaciones y movimientos sociales (sindicalistas, profesionales, asociaciones de vecinos, artistas, intelectuales, curas obreros, estudiantes, etc.) que trabajaron desde sus diversos campos a favor de la transformación del régimen político, del paso de la dictadura a la democracia, sin olvidar, además, la acción disidente de otros muchos que, con sus actitudes personales, contribuyeron al movimiento general a favor del cambio. Permite, además, realizar estas afirmaciones, el amplio muestrario de la represión de los 18.000 sumarios del TOP, por donde pasó un significativo número de murcianos encausados, pero también el recordatorio de los que fueron detenidos y no juzgados, los despedidos de sus trabajos, los estudiantes expulsados,...

Hubo, por tanto, una oposición política y social a la dictadura mucho más amplia de lo que lo que cierta historiografía ha querido constatar, y ambas coincidían en que cualquier objetivo planteado requería un doble empeño -en comparación con los

movimientos reivindicativos de países de nuestro entorno-, pues aquí la lucha era doble: conseguir, por ejemplo, un aumento salarial, implicaba un enfrentamiento con el Estado, además de con la empresa. Esto indica la complejidad de las actuaciones de este tiempo, sin que olvidemos la propia pasividad política de una amplia mayoría de españoles y murcianos, bien aleccionada ideológicamente ante cualquier tipo de reivindicación, por básica que ésta fuera, y en este país estaban todas por conseguir.

Y es cierto que todos los movimientos reivindicativos que aparecen representados en las entrevistas realizadas y en los documentos consultados hacen referencia a pequeños actos, quizás para algunos de poca trascendencia, tal vez, también poco conocidos, pero hay una cuestión de fondo que ponen de manifiesto, y es que una parte de la sociedad murciana se opuso a la dictadura, si bien no podía realizar grandes movilizaciones de tipo laboral, por ejemplo, porque eran pocas las empresas en la región de gran envergadura -predominaban las medianas y pequeñas-, y las que contaban con mayor número de trabajadores estaban muy dispersas. En Cartagena, de hecho, con una mayor concentración de grandes empresas, hubo mucha más conflictividad laboral.

Otra conclusión que se desprende de este trabajo versa sobre la diferente forma de percibir y abordar el periodo de la transición según el grado de militancia y de implicación que se tuviera, de tal manera que mientras que las personas que trabajaron duramente en esos años, los que fueron perseguidos y encarcelados, son bastante críticos con la forma en que ésta se hizo y con los resultados de la misma, otros, los que por la edad habían vivido los años del hambre de posguerra y la represión franquista de los primeros años de dictadura, vivieron esta coyuntura política más que nada expectantes, y valoran muchísimo lo que se consiguió en el proceso de cambio, es más, se muestran contentos con los logros políticos aportados por la democracia y con las

mejoras sociales conseguidas en general, pues manifiestan que nunca vivieron mejor. Dentro de este grupo se encuadran aquellos que, indistintamente del partido o la organización en la que hubieran militado con anterioridad, vieron en el PSOE la posibilidad de ver cumplida su ilusión de que la izquierda volviera a gobernar en el país o en la administración municipal, aunque este triunfo contribuiría, de hecho, a la caída y desaparición final de algunas de sus propias organizaciones.

Por lo que respecta al análisis del movimiento obrero de la época, éste sigue envuelto en la polémica sobre su carácter y naturaleza, es decir, si se trató de un movimiento que pretendía conseguir, exclusivamente, objetivos económicos -opción que explicaría, entre otras razones, la situación de atonía actual-, o si por el contrario respondía a motivos ideológicos y políticos, siendo entonces otras las razones que explicarían la desmovilización actual. En cualquier caso, existió (y aún existe, en revisiones actuales, y desde las propias organizaciones de izquierda, PCE y CCOO sobre todo) la queja de un excesivo afán materialista por parte de los trabajadores, cuya preocupación se centraba en trabajar la mayor cantidad posible de horas extras para poder pagar las letras del piso, la televisión o el coche, actitud que representaba una gran dificultad para las organizaciones de izquierda, pues estos obreros no podían exponerse a una huelga o a cualquier otro tipo de acto que pusiera en peligro su nómina. Esta actitud y mentalidad incidió en la limitada proliferación e implantación regional de grupos de oposición al franquismo. Pero esa misma preocupación se manifestaba con respecto a los nuevos obreros procedentes de las zonas rurales, pues además de carecer de conciencia de lucha, estaban ocupados en conseguir la posición ya lograda por los trabajadores urbanos, ajenos a cualquier otra reivindicación. Unos y otros, en definitiva, lo que querían era mejorar sus condiciones de vida, ese era su empeño, mientras que el de las distintas organizaciones políticas y sindicales se dirigía a cambiar el sistema

político y laboral existente, pues consideraban que éste era el ‘pozo de todos sus males’, y denunciaban la connivencia de empresarios y patronos con las elites políticas en la carrera de obstáculos por mejorar su existencia y lograr el cambio político.

Como hemos podido comprobar a lo largo de la investigación, nuestro reciente pasado ha configurado el presente dejándonos, además de su influencia, algunos interrogantes. Una de ellos es el referido a la ocupación de los puestos de trabajo dependientes del Estado por personas a las que, como único mérito, se les exigió, en su día, ser adeptos al régimen franquista. Habría que preguntarse sobre las consecuencias que esa circunstancia ha podido tener para el posterior desarrollo social, cultural y político de este país, teniendo en cuenta que llegaron a ocupar, por ejemplo, puestos como maestros en las escuelas, sin necesidad de que tuvieran ningún tipo de preparación, y que por sus manos pasaron generaciones de niños y niñas. Lo que es seguro es que los principios del régimen los supieron transmitir, y en este aspecto resultó de gran ayuda el mantenimiento, durante largos años, de un sistema de control a través de los certificados de buena conducta, en los que pesaban tanto los actos propios como los de los familiares más cercanos, siendo un gran impedimento el ser, por ejemplo, hijos de rojos reconocidos.

No menos dramáticas son otras consecuencias derivadas del estado de represión vivido durante tantos años, unidas al adoctrinamiento, mediante la propaganda, del régimen, y se concretan en la concepción de la actividad política como algo erróneo, negativo, malo, convirtiéndose en uno de los peligros más temidos por los padres con respecto a sus hijos, a los que advertían, machaconamente, durante la agonía final del régimen e inicios de la transición, para que huyeran de ella.

Otra de las herencias, fruto del enfrentamiento entre grupos de oposición y el régimen franquista, se inserta en la negativa consideración y visión de la justicia y de las

fuerzas de seguridad y el ejército, pues, después de pasados muchos años todavía proyectaban, en el proceso de consolidación democrática, una imagen bastante alejada de la que se corresponde con un sistema democrático. Además, con respecto a la justicia, y por lo que se refiere a los primeros años de dictadura, hay que señalar la incertidumbre que ésta generaba debido a la arbitrariedad con la que actuaba. De hecho, la expresión más frecuente de quienes experimentaron o sufrieron en el ambiente familiar la acción de la justicia represiva consiste en reiterar: “no sabías, no sabías”. No sabían de qué se les acusaba, ni cuándo serían juzgados, o cuál sería la condena dictada, pues no siempre las mismas acusaciones se saldaban con los mismos castigos, dependiendo del eufemismo de ‘circunstancias agravantes’ o de que se contara con el aval de alguna personalidad relevante del entorno.

De la investigación se concluye, como dato significativo, la capacidad crítica actual de una parte de la izquierda comprometida con la lucha antifranquista, tanto hacia las demás organizaciones como con sus propias actuaciones, según se desprende de los testimonios y de la documentación de archivos, tanto públicos como privados, al tiempo que la denuncia de la escasísima valoración historiográfica de lo que representó la izquierda en el proceso de cambio de régimen: la lucha que desarrolló y las situaciones personales vividas, así como el total olvido y, en ocasiones, falta de comprensión, de lo que supuso en su momento el adoptar esos posicionamientos ideológicos, como si el cambio en este país y región no tuviera que ver con ellos. Quizá ese haya sido, desde el punto de vista de la mentalidad y memoria ‘oficial’ colectiva, el gran ‘triumfo histórico’ de la derecha y de los grandes partidos de la transición, al autolegitimarse con la titularidad y protagonismo exclusivos del fin de la persistencia de la dictadura, cuestión ésta que la presente investigación cree haber podido poner en entredicho.

También cuestionamos ese cierto complejo, puesto de manifiesto por parte de militantes y simpatizantes de izquierda murcianos, que cree considerar que la resistencia y oposición en otras grandes ciudades y regiones españolas, fue mucho más importante que lo que aquí, en Murcia, se hacía. Incluso de la documentación interna del PCE se desprende la sensación de que en Murcia sólo se hacían ‘pequeñas cosas’ y con gran dificultad: un ejemplo, siendo el PCE la gran organización política de la izquierda en Murcia, tuvo gran trascendencia, dentro y fuera de la organización, la ‘caída’ de 1971, fecha a partir de la cual le resultó muy difícil volver a levantar cabeza, incluso contar con el apoyo total del Comité Central.

Sin entrar en la valoración y balance de lo que significó la múltiple oposición antifranquista en la diversidad regional española, no cabe duda de que, en el contexto de una dura y brutal dictadura, como fue la franquista, cualquier manifestación de disidencia, oposición y resistencia, como las reflejadas en esta investigación, coadyuvaron a su creciente deslegitimación.

Por último, hemos observado, en un análisis prospectivo del tiempo presente, que la transición política generó una amplia movilización social que las organizaciones de izquierda ‘controlaron’ para asegurar el cambio pacífico y la negociación, situación ésta que afectaba, fundamentalmente, a las grandes organizaciones sindicales del momento y a los partidos PCE y PSOE. Junto a ellos, también a otras formaciones optaron por la vía de las urnas, pues esta elección aseguraba su presencia en el proceso político a cambio de renunciar a muchos de los postulados que hasta ese momento habían esgrimido públicamente, ya que en las negociaciones se pactaba la reforma del sistema frente a la ruptura que con anterioridad habían defendido.

El resultado de todo este proceso histórico fue el creciente distanciamiento producido entre estas organizaciones políticas y una parte significativa de sus bases

militantes y simpatizantes, y también el alejamiento de los nuevos movimientos sociales, optándose, como única vía de participación colectiva, por las elecciones, es decir, a través del voto, tesitura que convino a los sectores más acomodaticios de la población, desanimó a los más activos y desertizó la contestación política, además de que coadyuvó al arraigo del desencanto y propició el convencimiento de que en eso, en el voto, reside la democracia.